

RGM 2011 - 1ª CONFERENCIA DE DOM EAMON:

VISIÓN DE LA ORDEN HOY

RGM 2011 - 2ª CONFERENCIA DE DOM EAMON:

FORMACIÓN CONTINUA DEL SUPERIOR

1ª CONFERENCIA DE DOM EAMON:

VISIÓN DE LA ORDEN HOY

Como una **Orden hoy** (1º de Enero de 2011), somos 2083 monjes en 97 monasterios y 1736 monjas en 72 monasterios, sumando en total 3819 monjes y monjas en 169 monasterios en 44 países. Entre los monjes hay 343 (16%) en formación inicial y entre las monjas 257(15%). En los cinco últimos años ha decrecido el número de monjes en 165 y el de monjas en 22. El número total de monjes ha ido decreciendo con los años, pero es sólo en los dos últimos años cuando ha habido una ligera caída en el número de monjas. Se trata de una caída de 5% en cinco años, que no parece muy grande en el largo plazo.

Mirando las estadísticas de 1960 a 2010, un período de 50 años, muestran la tendencia de caída más sorprendentemente. En 1960 había 78 casas de monjes en la Orden (hoy hay 97) y las primeras 65 de éstas, aparte de algunas excepciones, han estado numéricamente en caída constante durante ese tiempo. Esto no quiere decir que no hayan entrado vocaciones actualmente, pero el número total va en descenso. Estos monasterios están todos en Europa, EE. UU., Canadá, China, Japón e Israel. Las únicas excepciones a este descenso continuo en número se dan en algunos monasterios de Europa, sobre todo en Sept-Fons, que ha crecido durante este período y es el segundo monasterio de monjes más grande de la Orden. Las casas que están creciendo numéricamente están en África, partes de Asia y América Latina.

Mirando al mismo período de 50 años en cuanto a las monjas, vemos que había 39 casas en 1960 (hoy hay 72) y entre éstas las primeras 34 casas del *elenchus*, con unas cuantas excepciones, muestran una gráfica decreciente en cuanto al número se refiere. Y estas casas son de nuevo las comunidades más viejas en Europa, Canadá, Japón y EE. UU. Hay unas cuantas excepciones a esta tendencia, siendo la más destacada Vitorchiano, que ha mantenido 70-80 hermanas durante este tiempo aun cuando hayan hecho 7 fundaciones. Las áreas de crecimiento, en cuanto a los monjes, están en partes de Asia, la mayor parte de las de África y América Latina.

Otro hecho significativo es que aproximadamente la mitad de los monjes y monjas de la Orden están en las 91 casas que componen las 7 Regiones de Europa, pero sólo una 3ª parte de quienes están en la formación inicial están en Europa, mientras que las otras dos terceras partes de quienes están en la formación inicial pertenecen a las 78 casas que componen las regiones de Oriens, Rafma y las Américas. Por tanto, el descenso en número en la Orden se encuentra fundamentalmente en las comunidades de Europa y América del Norte, que muestra menos gente joven y un número creciente de monjes y monjas ancianos.

El panorama estadístico de la Orden muestra que la mayor parte de los mayores y las casas más establecidas de la Orden están sometidas a una presión creciente en varios frentes en temas como los siguientes:

- Dificultad para encontrar miembros de la comunidad con capacidades para puestos como superior, maestro de novicios, cillerero y otros cargos.
 - Necesidad de cuidar de los/las hermanos/as mayores y enfermos/as, dotando de personal e instalaciones para su cuidado sea en el monasterio o fuera de él.
 - Necesidad de adaptar la economía o las empresas al tamaño y a las posibilidades de la comunidad, lo cual lleva a un incremento de personal de ayuda foráneo, bien de personal asalariado y/o de voluntarios. Por supuesto, todo esto afecta también a la economía y afectará también al entorno monástico para bien o para mal.
 - Donde no se precisa ayuda de fuera o se necesita poco e incluso cuando se precisa de él, los monjes o las monjas se encuentran con frecuencia aun así sobrecargados de trabajo.
 - Con menos monjes/monjas de los que echar mano, la liturgia, la formación y el estímulo positivo de la vida comunitaria pueden verse empobrecidos y la vida en común puede quedar reducida a una cuestión de puro mantenimiento.
 - Necesidad de reducir los espacios habitables y el costo de mantenimiento de los edificios que no se necesitan.
 - Este medio ambiente puede a algunos minarles la moral y generar ansiedad; tenemos que conseguir novicios y procurar hacer atractivo el lugar, etc., lo que puede llevar a una falta de discernimiento a la hora de recibir a los candidatos y de retenerlos, que puede llevar a otras repercusiones negativas en la vida de la comunidad.
- Éstos son algunos de los retos a los que se ha de hacer frente ante la falta de candidatos y la edad avanzada de las comunidades.

Las comunidades de Oriens, África y América Latina, que gozan en general de bastantes aspirantes, tienen otros retos. Oriens es cultural y geográficamente tan diferente que es difícil generalizar sobre una zona que tiene la mayor concentración de gente del planeta y es la cuna de todas las grandes religiones no cristianas, como el Confucionismo, Hinduismo, Budismo, Islam y otras. La fe cristiana y católica en la mayor parte de esta zona se encuentra en minoría y la lengua constituye una obvia dificultad a superar por parte de muchos de nuestros monjes y monjas de allí para acceder a la tradición cristiana y monástica.

Los monasterios de la Rafka viven en un continente que muestra vida y esperanza ante la pobreza y el sufrimiento. Si bien hay muchos candidatos que entran en los monasterios, hay también muchas salidas y se necesitan maestros que sean testigos de una vida fiel a nuestro carisma y aptos para enseñarlo. Los monasterios reflejan culturas en donde el sentido de Dios y del mundo del espíritu están profundamente arraigados, pero queda mucho trabajo por hacer en la integración y confrontación de este mundo con las demandas de nuestra vocación monástica y evangélica.

El escenario monástico de América Latina se encuentra en un contexto fuertemente católico, pero que tiene que hacer frente al progreso y a las incursiones que presentan el secularismo y la globalización.

El mundo que nos rodea

La Orden está presente en 44 naciones del mundo y ese mundo tiene sus efectos sobre los monasterios en diferentes modos. Traigo a colación sólo algunos: el hecho de la comunicación instantánea las 24 horas por la TV, Internet, video, face-book, twitter, baratura de los viajes en avión y los omnipresentes móviles o celulares han hecho del mundo una aldea global. La difusión de la vida occidental está animando al materialismo y consumismo y nivelando todo lo que queremos en nuestra cesta de la compra. Esta información y conocimiento hace a la gente más consciente de sus posibilidades y de sus derechos y dignidad humanos. La llamada recientemente **primavera árabe** constituye un clamoroso ejemplo de la combinación de estos factores, en donde la acción de una sola persona provocó una reacción que se extendería por toda África del Norte y por el Medio Oriente. Y así la gente de los países más pobres está moviéndose hacia los más ricos, con lo que tenemos el tema de la emigración. Lo que quiero señalar en todo esto es que este cambio rápido, por no hablar de la crisis financiera, lleva a muchos a la preocupación por el futuro y a cómo acabará todo esto. Además, todos estos temas no van a desaparecer. El cambio está para quedarse, si se me permite la expresión. Por tanto, los dos escenarios que he descrito son: la visión estadística de la situación en la que muchas comunidades están bajando en número con los efectos que le siguen y un mundo en torno nuestro que cambia rápidamente. No es un entorno que conduzca a la soledad y al silencio, aunque se necesite tanto de uno y otro.

En el curso de los tres años pasados **he visitado 90 de los 169 monasterios** que constan en el *elenchus*: 15 en Oriens, 8 en Rafma, 22 en las Américas y 45 en Europa. Mi impresión de conjunto es positiva en cuanto a que la mayoría de los monjes y monjas llevan una vida de dedicación y generosidad: trabajan duro para ganarse la vida. Me han impresionado sobre todo las casas de monjas; ellas parece que tienen más creatividad en cuanto a los modos de ganarse la vida. Se le presta atención a la liturgia, se realiza bien e incluso muy bien en algunas comunidades. Obviamente, varía la calidad en razón de los recursos, el talento, el grado de sofisticación de la comunidad y la formación cultural. La mayoría de los monjes y monjas buscan a Dios en su vida. Como dice S. Benito, hay débiles y fuertes y, yo añadiría, los que están entremedios. Hay historias comunitarias y personales que les pueden hacer a algunos difícil la vida y dejar a otros descontentos o nerviosos en su respectiva vida monástica. Las comunidades más antiguas tienen una tradición que da una cierta estabilidad, pero a veces no es suficiente para conjurar una sensación de desánimo y preocupación por el futuro, mientras que otras, aun siendo frágiles en este sentido, pueden aceptar su situación y seguir viviendo con energía, y haciendo frente a la vida tal y como se presenta, contentos de vivir su realidad con fe y confianza en Dios. Sin embargo, uno tiene la sensación de que tales personas viven bajo presión y probablemente con excesivo trabajo. Por descontado, las comunidades más jóvenes tienen mucha más energía y dinamismo y a resultas de lo cual, proclives a tener más conflictos. Es normal en donde las personas están descubriéndose a sí mismas y su puesto en una nueva comunidad. Pero el conflicto no se limita a la gente más joven. En África, que es la Región de más rápido crecimiento de la Orden, se debe prestar especial atención al discernimiento (de vocaciones), a la disciplina (observancia monástica) y a la dirección (necesidad de dirección espiritual, de enseñanza y de profesores que vivan lo que enseñan). Lo que me quedó claro en mis visitas y escuchando a la gente, fue que el gran reto en la vida diaria no está en hacer o no hacer cosas, sino en vivir con los demás pacífica y positivamente. **El gran reto es amarse unos a otros**, las relaciones; vivir afectuosamente con mis hermanos y hermanas.

Muchas comunidades han hecho la mar de trabajo a lo largo de los años en el aprendizaje del diálogo y trabajando juntos sobre temas. Se han servido de facilitadores, de expertos en dinámica de grupos así como en terapia personal y orientación psicopedagógica. Han realizado cursos, leído libros y adquirido conocimientos que han mejorado la calidad de sus vidas en cuanto comunidades y les han ayudado a trabajar mejor juntos; se relacionan mejor y probablemente son más humanos y comprensivos unos con otros. Todo esto es bueno y útil y algo por lo que dar gracias, pero no es suficiente. La base de nuestro amor como monjes y monjas cristianos es nuestra fe (y esperanza) en Dios. Y nuestro amor hacia los otros debe estar arraigado en esta fe. Dios, el creador de todo, nos ha hablado revelándonos que nosotros, y todos, somos hijos suyos, que él es nuestro Padre y nosotros, y todo cuanto él ha hecho, tiene un futuro y una esperanza. Tenemos un valor y una dignidad que Dios nos ha dado. En Jesús él nos ha mostrado lo que es el amor de Dios en un ser humano. Cuando comenzamos a entender esto, nos sentimos humillados ante lo que nosotros suponemos para Dios y lo que los otros suponen para él, y podemos comenzar a obrar con humildad y a convertirnos en pueblo amoroso. Vemos a Dios, al mundo, a nosotros mismos y a los demás de forma distinta. La fe en Dios nos ofrece un modo nuevo de ver la realidad. Es una llamada a ver las cosas como Dios las ve. Este modo de ver las cosas tiene su ejemplo en la persona de Jesús tal y como se nos revela en los Evangelios y en el Nuevo Testamento. A este cambio Jesús lo llama conversión. Se trata de un cambio de dirección, de una visión de la realidad totalmente distinta, de un cambio en nuestro pensar, en nuestros afectos y acciones. Esta fe es un don de Dios que nos capacita para creer no sólo intelectualmente, sino para poner nuestra confianza en Dios y en su designio para nosotros. La fe en Jesús como Dios es fundamental; en él Dios nos habla. Entiendo esto como una "sensación de Dios" que da estabilidad y dirección en nuestra vida y que conforma la base de nuestras opciones y acciones. Lo veo esto en el "timor Dei" de la Regla, lo que Benito busca en el monje a quien le confía responsabilidad. El Papa Benedicto habla en el mismo tenor en su "Verbum Domini"; la Palabra que se hizo carne es la misma Palabra que era en el principio, el principio absoluto, y por medio del cual se hizo todo. Sólo podemos verdaderamente entendernos, dice, aceptando la Palabra y lo que él nos revela de Dios y de nosotros. En la RB es esta "sensación de Dios", de ser responsable para Dios, lo que es importante en la maduración del monje. El capítulo VII de la RB describe el camino que tenemos que recorrer para llegar a este amor. Aprendemos allí el amor paciente de Dios para con nosotros, que hace salir el sol sobre el mal y el bien y manda la lluvia sobre justos e injustos. Cuanto mayor me hago, veo que mucho amor tiene que ver con el aguante, más que hacer cosas por otros. Tiene que ver con una presencia que da vida a los demás, no derribando sino construyendo o, al menos, no estorbando en el edificio. Cuando echo la vista atrás a personas que son respetadas y

realmente admiradas en mi comunidad, pienso especialmente en dos hermanos hechos de esta pasta: ambos discretos, ponderados, no llamativos, con los que se está bien, alegres, personas que saben escuchar a los demás, que no amenazan ni hablan de los otros. Son gente con quienes pueden hablar los buenos y los díscolos sin tener la sensación de que se les juzgue o de que se les llame la atención. Ambos son hombres de palabra y de oración, llenos de buen sentido y realistas, magníficas personas. Se trata de hombres que son felices siendo monjes.

La otra cosa que me ha impactado en los últimos tres años es el número de Cartas de Visita que hablan de **escritorios vacíos y/o la falta de lectio y de silencio**. Tiendo a ver estas observaciones como síntomas de una enfermedad más que como su causa. ¿Son acaso indicio de falta de profundidad en nuestra vida, de un debilitamiento de nuestra relación con Dios y, consecuentemente, de nuestra búsqueda de él? Si nuestra fe y nuestra esperanza en Dios son débiles, entonces no nos debe sorprender que tengamos problemas en amarnos unos a otros como él nos amó.

Resumiendo: Hablé primero de las estadísticas y de los temas de crecimiento y declive numérico en la Orden y de las consecuencias que esto tiene para vivir la vida monástica hoy. En segundo lugar, hablé del mundo actual y de sus efectos en nuestra vida; ansiedad, inquietud con la vida de uno y el futuro. En tercer lugar, aludí a mi propia experiencia de visitar monasterios, calificándolo básicamente como positivo, pero indicando también las dificultades y retos del amor mutuo. En relación con esto, la necesidad de profundizar en nuestra fe y esperanza en Dios que nos amó primero para que podamos amar como él nos amó. **Para concluir**, cuando presento lo que podría parecer una exposición muy simplista del reto actual, lo hago sin negar que actualmente tenemos que hacer muchas cosas, ganarnos la vida, adaptar nuestros monasterios y modos de hacer las cosas, leer los signos de los tiempos, ingeniárnoslas para poder atraer gente a nuestra vida. Los monasterios están haciendo esto y esto es vida, pero lo más importante es que vivamos un testimonio cristiano de comunidad en este momento; que encontremos nuestra felicidad viviendo el don de nuestra vocación en las circunstancias en las que nos encontremos y con los hermanos y hermanas que Dios ha reunido. Esto es amor cristiano y este espíritu tiene que informar cuanto hagamos, de lo contrario trabajamos en vano.



2ª CONFERENCIA DE DOM EAMON: FORMACIÓN CONTINUA DEL SUPERIOR

Dada la composición de esta asamblea, compuesta principalmente de Superiores de la Orden reunidos para tratar de la salvación de sus almas y de las que a ellos han sido encomendadas (c. 77,1), he pensado que podría ser útil compartir algunas ideas sobre la formación continua del Superior.

El camino monástico del monje y del abad

El abad es un monje y sigue siendo tal cuando asume el cargo de abad. Recorre el mismo camino, el de ser transformado por la vida monástica para que la gracia del bautismo se concrete en él como hijo de Dios, alguien que sea realmente como Cristo. Es el camino del temor de Dios al amor de Dios sin miedo, que se señala en el capítulo 7º de la Regla. Es convertirse en una persona auténticamente cariñosa, cuyas características se describen en el capítulo 72 de la Regla. El abad, igual que los monjes, ha de esforzarse para alcanzar el Reino de Dios por la fe, la perseverancia en las buenas obras y bajo la guía del evangelio. El abad ha de temer a Dios y observar la Regla (RB).

El amor de Dios es una disposición fundamental en la Regla que S. Benito pide a todos los monjes, pero debe sobresalir de forma especial en quienes detentan un puesto de responsabilidad en la comunidad (abad, cillerero, enfermero, portero). Es el sentido de Dios, la reverencia de Dios y el reconocimiento de su existencia. Es la roca sobre cuya virtud tiene su base en la Regla. Es la fuerza motora en el modo de responder a otras personas y en las tareas que tenemos que cumplir. Es la fe en la realidad de Dios, en su existencia, en su preocupación por nosotros y en el hecho de que somos responsables ante él. Esto vale particularmente del abad. Dios está sobre todas las cosas, todo lo ve y es al que debemos rendir cuentas. Nosotros somos criaturas y él es nuestro creador. Dios es el que envió su Hijo al mundo para redimirlo y nosotros estamos llamados a imitar al Hijo, viviendo según la voluntad del Padre, para llegar así a ser verdaderos hijos suyos, no esclavos sino hijos e hijas. Hacia ese reino es hacia el que caminamos en esta vida, viaje que no tendría sentido si lo olvidáramos. Es esta actitud de fe la que determina nuestras relaciones con los demás y con las cosas. Se trata de una actitud de reverencia hacia Dios, de honrar a los otros y de respeto por todo lo que él ha hecho. Éste es el campo de la formación continua para el abad y para el monje.

Formación ¿para qué?. Algunos modelos

El monje está en camino lo mismo que el abad. La formación es continua, pero al mismo tiempo Benito nos brinda algún ejemplo del tipo de persona que él consideraría santa y modélica. Cuando habla del cillerero, busca a alguien que tenga estas cualidades: buen juicio, madurez de carácter, sobrio, no engréido, ni turbulento, alguien que sea padre para todos, compasivo, respetuoso de las personas y de las cosas, que no entristezca a los hermanos, sino que sea humilde, moderado y amable en el hablar. Las cualidades que pide para el abad son del mismo tenor. Traigo a colación algunas: debe ser de utilidad a los hermanos, más bien que presidiendo sobre ellos. Tiene que conocer la ley de Dios, ser casto, moderado y misericordioso; mostrar previsión y consideración, discernimiento y moderación. Estas listas llegan a impresionar en cuanto a las cualidades humanas que mencionan y al nivel de madurez de que dan fe. Tales personas estarían consideradas en alto grado según los baremos de personalidad actual, lo cual no nos debe sorprender, porque se fundan en la vivencia de la imitación de Cristo según se describe en los grados de humildad. Las cualidades son el fruto de una vida vivida en el espíritu evangélico de imitación de Jesús, que pone en primer lugar en su vida la voluntad del Padre y la donación de sí mismo en servicio de los demás. Se trata de una vida modelada sobre el que es verdaderamente humano y verdaderamente divino. El aprecio de este misterio de la *kénosis* de Cristo, que nos vivifica, es la energía que hace posible la vida que Benito propone a sus monjes en la Regla. Es una vida que se funda en una relación ("Cristo me amó y se entregó a sí mismo por mí") y que es vivida sabiendo que uno es amado. El abad vive esta vida, igual que los otros

monjes, siguiendo la Regla, el modelo de oración y lectura, de comidas y descanso, y de trabajo. Y es este trabajo (su ministerio) lo que le distingue de los otros monjes, siendo su trabajo su servicio particular a la comunidad, que Benito reconoce como trabajo difícil. El servicio de vida del abad a la comunidad se describe con las siguientes imágenes: padre, maestro, pastor, médico y administrador. Él ejerce un ministerio de cuidado para con la comunidad, cuidado que nutre la vida de la comunidad, para que puedan convertirse en pueblo conformado y guiado por el Espíritu y vivan una vida de amor que conduzca a la vida eterna. La conclusión que saco de todo lo anterior es que, tanto para el abad como para el monje, la formación continua se realiza viviendo la vida de la comunidad con todo lo que esto implica, y la diferencia importante en el caso del abad es el ministerio que él asume en y para la comunidad.

El servicio del abad: retos

El servicio del abad tiene sus propias tensiones y presiones, como Benito no tiene empacho en reconocer y tiene también sus propios riesgos, algunos de los cuales llega a mencionarlos. Algunos retos particulares que se mencionan:

Evitando preferencias personales por la razón que sea (excepto la virtud) en su relación con los monjes, porque todos son uno en Cristo. En una época de diálogo y votos comunitarios, el peligro podría estar en cultivar a personas de la misma cuerda y aquellos que comparten el propio punto de vista.

Adaptándose al temperamento y carácter de los otros, en lugar de esperar que los otros se adapten al de él. Esto puede resultar todo un reto.

Poniendo el bien de las almas por encima de consideraciones materiales. En un tiempo como el nuestro, con la crisis económica, cuando hay mucha adaptación de edificios, renovación y tales actividades en curso en nuestros monasterios, es muy fácil que un abad se haga cargo de tales proyectos con la mejor voluntad del mundo y por el bien de la comunidad, pero esto puede conducir a otras tensiones y hacerles más difícil la vida a los hermanos. Por cuanto yo he podido ver, se suele sentir esto más en los monasterios de monjas que en los de monjes, ¿quizás porque las monjas están más acostumbradas a contactar con la abadesa que los monjes con el abad?

Recordando que el abad asume el cuidado de almas enfermas, no sólo de las sanas. Trabajar con la gente que uno tiene más bien que con la que le gustaría tener es un reto no sólo para los abades. El peligro de exclusión es real, de evitar aquellos que son más pesados, e intentar estar con los que apoyan y estimulan.

Tomando conciencia de que el abad no siempre es la persona mejor en cualquier situación para echar una mano a alguien, y ser lo suficientemente libre y confiado para recurrir a otros según surja la necesidad. Tiene que reconocer sus limitaciones.

Sabiendo cómo sanar sus propias heridas, puede sanar las de los demás. ¿Cómo hacer para sanar las propias heridas?

Siendo de provecho a los hermanos y no sólo presidirlos. El peligro de buscar la gloria en vez del trabajo. Podemos quedar enganchados con nuestro *status* y comenzar a vernos importantes, llegándonos a preocupar por la imagen. Mucho de ello puede depender del lugar particular que el monasterio tiene en una sociedad determinada y del deseo de cumplir las expectativas de la gente.

Obviamente demasiado orgullo es un peligro más serio que puede fácilmente deslizarse en el estilo de uno, sea inicialmente, cuando en nuestra inocencia estamos seguros de saber lo que la comunidad necesita, o más tarde, cuando adquirimos cierta experiencia y por ello creemos que tenemos todas las respuestas.

Benito pone en guardia específicamente sobre los celos (en relación con el Prior) y de perder el contacto con la propia debilidad, viendo las faltas de los otros y no viendo las propias.

Y así Benito habla sobre lo necesario que es velar por la propia alma, y las Constituciones (33.3) hablan de renovarse uno mismo con las Escrituras y los escritos de los Padres. Y aunque Benito vea el monasterio y la vida que en él se lleva apto para proveer un camino que lleve al crecimiento en santidad y humanidad y hasta hable de él como de un camino derecho al Creador, no deja de reconocer que la fragilidad humana está más que en evidencia y que hay muchas dificultades en el camino. Michael Casey habló en alguna parte de la vida monástica como el arte de *tambaleología*, o sea, más que dirigirse por el camino derecho hacia el propio fin, era como ir dando tumbos hasta el camino de ascenso que llevaba al Reino.

El servicio del abad: algunas ayudas

Para nosotros hoy, resulta mucho menos evidente que todo lo que necesitemos en cuanto a ayudas para nuestra transformación en Cristo lo tengamos dentro de la clausura del monasterio, sea a nivel material o espiritual. Quiero volver aquí al tema de la necesidad que el abad tiene de velar por su propia alma, de ser consciente de sus propias heridas y de saber cómo sanarlas.

Alguna de las influencias más importantes sobre nuestra vida son acontecimientos sobre los que no tenemos control: quiénes fueron nuestros padres; la elección de hermanos y hermanas, si los hemos tenido; mis antecedentes sociales, etc. Y, de resultas, el tipo de persona que yo sea. Se trata de realidades que vienen dadas, que tenemos que aceptar y vivir con ellas lo mejor que podamos para bien y para mal. Nadie de nosotros proviene de familias perfectas. Por tanto, tenemos posturas básicas ante la vida, y temperamentos particulares, dones y limitaciones. De éstos y de las experiencias y opciones de otra vida que hacemos con el tiempo, somos quienes somos. Llegar a aceptarse uno mismo y la propia historia constituye un factor importante en la maduración y sabiduría humanas. Pero para el cristiano y el monje es también un acto de fe en la providencia de Dios en la vida de cada uno. Solíamos hablar en el pasado de nuestro defecto predominante (¡hace mucho!). Hoy día podríamos hablar de estilos de personalidad y de defectos de los que parece que nunca logramos librarnos. Pablo hablaba de una espina en la carne. Alguna herida que tengamos puede sanarse, gracias a Dios, mediante la gracia y con la ayuda de otros; otras, tenemos no sólo que vivir con ellas sino, según san Pablo, gloriarnos en ellas. Tal disposición es la obra de Dios en nosotros. Es importante entonces que quien ejerce el ministerio de abad sea consciente de su propia debilidad para que no entorpezca el servicio de otros. El sacramento de la Reconciliación, la guía espiritual y la oración, son caminos que pueden llevar a sanar y a vivir más pacíficamente con quienes estamos.

Lo importante es que seamos capaces de ser sinceros con nosotros mismos ante Dios. Haciendo esto, ser sinceros con los demás, puede ser de gran ayuda.

De la misma manera que no hay familia perfecta, tampoco hay formación monástica o monasterios perfectos, aunque esté bastante claro que haya monasterios mucho más ricos en recursos humanos y materiales que otros. Por tanto, a veces le puede resultar difícil al abad encontrar a alguien dentro del monasterio que pueda ayudarlo a este nivel. Lo cual significa que busque ayuda de alguien de fuera en el campo profesional o espiritual. Esto puede ser necesario en un tiempo particular o puede ser algo normal durante un largo tiempo. Puede tratarse de un curso que uno hace en un tiempo determinado, o período sabático, o puede ser una reunión de carácter pastoral de superiores. Algunos pueden orientarse haciendo unos días de vida eremítica o cosas parecidas. Lo importante es que, sea lo que sea que hagamos, que no se trate sólo de un escape sino que nos ayude a ser más libres en nuestro servicio de Dios y de los hermanos y de más provecho para ellos y que nos permite vivir nuestra ascesis monástica con renovado celo.

Los abades, por su ministerio, tienen mucho más contacto con la gente -con los hermanos y contactos de fuera- que la mayor parte de los miembros de la comunidad, lo cual puede ser bien un servicio a otros o una verdadera escuela de formación continua para uno mismo. El documento de la Santa Sede sobre el servicio de autoridad y obediencia de hace algunos años subraya: "Será responsabilidad de las personas constituidas en autoridad mantener un alto nivel de apertura para formarse, así como la capacidad para aprender de la vida. En particular, es esto importante con relación a la libertad de permitir que uno se forme por los otros y por cada uno, para sentir la responsabilidad del crecimiento de los demás".

Aprendemos sobre nosotros mismos en nuestra relación con otras personas y a veces dicho aprendizaje puede significar cometer errores, pedir perdón, siendo humillados o experimentando auténtica fraternidad o amistad. Aquí es donde resulta evidente la muy utilizada expresión "madurez afectiva". Podemos aprender mucho de los modos con que otras personas se relacionan con nosotros y nos tratan, así como del modo en que respondemos o reaccionamos, según sea el caso. Mantener un alto grado de apertura no es fácil, pero es un camino de humildad y de vida.

Y aquí podría haber llegado el momento de decir algo sobre un reto particular para muchos hoy. Y una cita del documento citado anteriormente lo dice bien: "Las personas constituidas en autoridad pueden desanimarse y desilusionarse. Ante la resistencia de algunos miembros de la comunidad o de ciertas cuestiones que parecen insolubles, a él o a ella puede que les asome la tentación de rendirse y de considerar inútil cualquier esfuerzo por mejorar la situación. Lo que se aprecia aquí es el peligro de convertirse en gestores de la rutina, resignados a la mediocridad, conteniéndose en la intervención, no teniendo ya el valor de señalar las razones de la auténtica vida consagrada y corriendo el riesgo de perder el primer fervor y el deseo de testimoniarlo". El modo de abordar esta situación, sigue diciendo el

documento, es recordando que el servicio de la autoridad es un acto de amor del Señor Jesús y que tenemos que ser pacientes en sufrir y en perseverar en la oración y seguir participando.

Algunos desiderata para la formación/conversión continua del abad

Creer en la propia llamada y responder a la llamada de Dios usando libre y de buen grado los medios que nos provee nuestra vida, llevando la vida de la comunidad: liturgia, *lectio*, trabajo, vida fraterna.

Apertura de corazón con uno mismo y ante Dios, siendo transparente con otro sobre lo que sucede en uno mismo.

Servir a los otros como abad lo mejor que uno pueda y ¡sabiendo que el propio servicio como abad terminará algún día!

Sabiendo que no todo será bueno en nuestra formación continua, pero aceptando con fe y confianza que hay una Providencia que tiene todo en su mano y cuyos caminos e intenciones se cumplirán a pesar de nosotros para nuestro gozo y para su gloria.

